

ficada algunos meses antes por un decreto del príncipe dado en 26 de agosto de 1864. Suprimía este decreto en toda la Rumanía las servidumbres corporales, el diezmo, el transporte de leñas, todas las cargas y redenciones debidas al dueño, sea en metálico ó en géneros, y hacía al campesino pleno propietario con la condición de pagar una indemnización, que la ley misma debía fijar y que debería ser satisfecha en quince años. Esto era una verdadera revolución social.

La oposición que el gobierno encontró en las cámaras había producido una modificación en la constitución misma y había llegado á hacer una revolución política. Por otro decreto del 14 del mayo del mismo año, la asamblea quedó disuelta. Couza sometió á la aprobación del país un nuevo estatuto, que confiaba los poderes públicos al príncipe, al Senado y á una asamblea electoral. Todos los rumanos griegos fueron llamados á votar *si ó no*. Hubo 713.000 votos en favor y 50.000 en contra y el plebiscito fué presentado solemnemente al príncipe el 2 de junio. Este se dirigió inmediatamente á Constantinopla é hizo que lo aprobara la Puerta-otomana. Al cabo de cien dificultades, una conspiración militar (febrero 1866) sorprendió en su palacio al príncipe Couza obligándolo á abdicar y á huir.

La Asamblea legislativa eligió príncipe al conde Felipe de Flandes, hermano de Leopoldo II, pero el ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica hizo saber oficialmente que el príncipe rehusaba el ofrecimiento.

El gobierno provisional disolvió las Cámaras, por haber sido elegidas bajo la influencia de Couza, hizo un nuevo llamamiento al país, y, en virtud de un plebiscito fué proclamado príncipe el 20 de abril en 1866, bajo el nombre de Carlos I, Carlos de Hohenzollern-Sigmaringem.

La conferencia reunida en París con motivo de los Principados, declaró esta elección contraria á los Tratados (3 mayo). El príncipe, sin embargo, si dirigió de incógnito á Rumanía, prestó juramento á la Consti-

tución, y, siendo aclamado, se puso al frente de las provincias.

### CAPÍTULO III.

#### GUERRA DE ITALIA.

Para la guerra de Crimea, la Francia se alia con Inglaterra para oponerse á la política invasora de Rusia, que con pretexto de proteger á sus correligionarios, quería llegar á Constantinopla y absorber la Turquía. — Después de la toma de Sebastopol, la Inglaterra hubiera deseado continuar la guerra y destruir la flota rusa en provecho de su poderío marítimo. Napoleón III no quiso traspasar los límites que se había trazado y el congreso de París conjuró el peligro que corría la Europa, sin satisfacer la ambición desmesurada de la Gran-Bretaña. La guerra de Italia tuvo por objeto reprimir el poder del Austria, que se había extendido por toda la Península contrariando el espíritu de los antiguos tratados. La paz de Villafranca señala perfectamente los límites, en que debía encerrarse la acción francesa. El Piamonte pasa los suyos, anexionándose la Italia central y la meridional. Para no formar una potencia demasiado fuerte sobre las fronteras francesas, cedió á Napoleón la Saboya y el condado de Niza, tomando entonces Víctor Manuel el título de rey de Italia.

#### § I. — Guerra de Italia, paz de Villafranca y tratado de Zurich (1859).

**Papel del Austria y del Piamonte durante la guerra de Crimea.** — El Austria observó una conducta equívoca durante la guerra de Crimea. Estando dispuesta á declararse por la Francia y la Inglaterra había formado un tratado con estas dos potencias, pero cuando fué preciso obrar, se negó á cumplir sus compromisos, fundándose en la gratitud que debía á Rusia, cuando en realidad sus tergiversaciones reconocían por causa su tradicional mala fe.

El Piamonte, por el contrario, entró francamente en la alianza que la habían ofrecido las potencias occidentales, y no vaciló en enviar á Crimea sus mejores tropas, que, según la expresión del general Simpson,



se mostraron dignas, en la batalla de Traktir sobre todo, de combatir al lado de la nación militar más poderosa de Europa.

Victor Manuel II. que había recibido de manos de su padre la corona de Cerdeña, humillado por la derrota de Novara, se levantó entonces á los ojos de la Europa. Después de la toma de Sebastopol, hizo un viaje por Francia é Inglaterra, que fué una ovación continua. En Marsella y en Lyón, la multitud le demostró las mayores simpatías; en París se hicieron en su honor brillantes fiestas; las calles de Londres fueron empavesadas para recibirle, y tanto la corte de Inglaterra como la de Francia, la hicieron una acogida franca y cordial.

La parte que el Piamonte había tomado en la guerra, le valió al año siguiente el honor de enviar al congreso de París plenipotenciarios que tomaron asiento junto á los de las grandes potencias. El conde de Cavour y el marqués de Vellamarina fueron encargados de esta gloriosa misión. El 8 de abril, cuando el congreso, después de firmar el tratado del 30 de marzo, comenzó á examinar las cuestiones que interesaban á las diferentes potencias de Europa, M. de Cavour hizo notar la situación anormal en que se encontraba la Italia. « Expuso, dice el protocolo de la sesión, que la ocupación de los Estados romanos por las tropas austriacas tomaba cada día un carácter más permanente; que había durado ya siete años, y que no obstante, no se percibía indicio alguno que hiciera suponer que cesaría en tiempo cercano; que las causas que la habían originado subsistían siempre; que el estado del país ocupado no había ciertamente mejorado, y que, para convencerse de ello bastaba con observar que el Austria se creía en la necesidad de sostener en todo su rigor el estado de sitio de Boloña, no obstante que databa desde la ocupación misma. Añadió que la presencia de las tropas austriacas en las legaciones y en el ducado de Parma destruía el equilibrio político de la Italia y constituía un ver-

dadero peligro para la Cerdeña. » El barón de Hubner contestó, justificando la ocupación de los Estados por el Austria en la ocupación de Roma por la Francia y reprochando al Piamonte el haber ocupado el principado de Monaco.

Después de algunas explicaciones sobre este último hecho, M. de Cavour manifiesta que no hay analogía entre la situación de Francia y la de Austria en Italia; que un débil cuerpo de ejército, ocupando á gran distancia de Francia, una sola ciudad, no tenía nada de amenazador mientras que Italia no podía ver sin inquietud al Austria, apoyándose sobre Ferrara y Placencia, donde aumentaba sus fortificaciones, avanzar hasta el corazón de la Península ocupando la parte septentrional.

El Conde de Clarendon, uno de los plenipotenciarios de la Gran Bretaña, señala también con disgusto los abusos de la reacción en el reino de Nápoles. Fernando II, después de vencer la revolución, creía que no había más remedio que la fuerza para conjurar la repetición de nuevas tempestades « Nosotros no queremos, dijo el conde Clarendon, que la paz sea alterada, pero no puede haber paz sin justicia; nosotros debemos hacer llegar hasta el rey de Nápoles los votos del Congreso por la mejora de su sistema de gobierno, votos que no serán estériles, y pedirle una amnistía. »

Después de la publicación de los protocolos, los revolucionarios, sintiéndose apoyados, se hicieron cada vez más audaces. Como al reanudar sus sesiones el parlamento de Turín se produjeren en él recriminaciones violentas contra el Austria, sobrevino una ruptura diplomática entre el Piamonte y el gobierno de Viena. La agitación se extendió por las provincias de Italia, que las tropas austriacas ocupaban y se hicieron suscripciones en favor de la causa de la independencia. El emperador Francisco José fué á Milán á principios de 1857 y procuró calmar los ánimos concediendo el embargo dictado contra los bienes de los emigrados



lombardos, disminuyendo los impuestos, y colocando el gobierno lombardo véneto á las órdenes de su hermano el archiduque Maximiliano. Sin embargo, la opinión no tuvo en cuenta para nada estas concesiones, que fueron representadas como un lazo tendido á la buena fe de las poblaciones.

Entretanto, las relaciones de Francia y de Austria se encontraban entorpecidas por las dificultades que esta última potencia no cesaba de suscitar respecto de los principados danubianos. El emperador Napoleón III no ocultaba, por otra parte, sus simpatías hacia la causa de la independencia italiana, y si Austria aumentaba sus armamentos, también Francia se preparaba á entrar en campaña cuando lo exigieran las circunstancias. Estos preparativos se hicieron con tanto sigilo que el público no se imaginó siquiera que se estaba en vísperas de una terrible lucha. Sólo en 1.º de enero de 1859 se supo la verdad cuando Napoleón dijo al embajador de Austria en la recepción diplomática del día de año nuevo: « Lamento que nuestras relaciones con vuestro gobierno no sean tan buenas como en otra época; pero os ruego que digáis al emperador de mi parte que mis sentimientos particulares respecto de su persona no han cambiado. »

**Los austriacos invaden el Piamonte** (29 abril 1859). — Á partir de este instante, Austria aumentó considerablemente las fuerzas que tenía en Italia. Los caminos de hierro transportaron inmenso material de guerra, y grandes cuerpos de tropas se concentraron rápidamente sobre el Tesino. El Piamonte recurrió al mismo tiempo á todos sus recursos; pero este país contaba más bien con el apoyo de Francia que con sus propias fuerzas. El conde de Cavour no perdonaba medio para estrechar los lazos de su alianza con las Tullerías. Con tal fin negoció el matrimonio del príncipe Napoleón y de la princesa Maria Clotilde, hija de Víctor Manuel; este enlace se verificó en Turín el 31 de enero de 1859.

Francia no podía consentir que aumentase constantemente el poder de Austria en Italia. Pues bien, después de la reacción contra los acontecimientos de 1848, no sólo había recobrado Austria el reino lombardo véneto que los tratados de 1815, habían creado para ella, sino que dominaba también sobre la Italia central por Módena y Toscana, y su estrecha alianza con el rey de Nápoles la hacía dueña de toda la península. Su política la había sin embargo, aislado del resto de Europa. Rusia le reprochaba su ingratitude y le tenía rencor por su conducta durante los acontecimientos de Crimea, y Prusia veía sin disgusto que Francia la debilitase, pues así podía ella disputarle con mayor éxito su preponderancia en Alemania. Inglaterra era la única que le demostraba alguna simpatía, y no obstante las hermosas frases pronunciadas por varios de sus hombres de Estado sobre la independencia italiana, los tories, que ocupaban entonces el poder, se mostraron más afectos á sus propios intereses que á los de Europa. Lo que más les preocupaba no era la liberación de Italia sino el temor de que esta liberación la efectuara Francia.

La situación era muy tirante; lord Cowley marchó á Viena, con ánimo de ofrecer su mediación entre Austria y Francia. Rusia propuso un congreso que fué aceptado por Napoleón III, Inglaterra y Prusia. La misma Austria pareció hacer suyos los deseos de las restantes potencias. Se había acordado que en dicho congreso se buscaría la manera de mantener la paz entre Austria y el Piamonte; que se determinarían las condiciones en que debían evacuar Roma las tropas francesas, y las austriacas las legaciones, que se discutirían las reformas convenientes para los Estados italianos, y que la alianza entre Austria y los ducados sería reemplazada por una confederación italiana.

No era fácil llegar á una solución pacífica de todas estas cuestiones, que se rozaban con tan diversos y complejos intereses. Sin embargo, el congreso estaba



á punto de reunirse, cuando Austria dirigió un *ultimatum* al Piamonte, exigiendo que desarmara inmediatamente. Esto equivalía á dar un solemne mentís á lord Derby, quien había declarado responder de la moderación austriaca, y que había amenazado con la reprobación europea á la potencia que tomara sobre sí la responsabilidad de dar principio á la guerra. Así fué que aquella noticia dió en tierra con el ministerio inglés, y Austria perdió su único sostén. Francia compartió la emoción de Europa y advirtió á la corte de Viena que consideraría como una declaración de guerra el paso del Tesino. Los austriacos pasaron sin embargo este río el 29 de abril, dando principio la guerra.

**Intervención de Francia.** — El emperador Napoleón tomó en persona el mando del ejército francés, y dictó una proclama en que determinaba claramente el objeto y la causa de la lucha. « Franceses, decía, al hacer entrar Austria sus tropas en el territorio del rey de Cerdeña, nuestro aliado, nos declara la guerra, violando así los tratados y la justicia, y amenazando nuestras fronteras. El gobierno de Viena ha llevado las cosas á tal extremo que ó ha de dominar hasta los Alpes, ó ha de consentir que Italia sea libre hasta el Adriático, pues todo pedazo de territorio italiano que permanezca independiente, es un peligro para su poderío. »

Napoleón añadía, con objeto de tranquilizar á las demás potencias respecto de sus intenciones, que Francia no recurría á la espada para dominar sino para libertar al oprimido. « El fin de esta guerra, exclamaba, es devolver Italia á sí misma, y no hacerla cambiar de dueño; así tendremos en nuestras fronteras un pueblo amigo, que nos deberá su independencia. No vamos á Italia para fomentar el desorden ó para quebrantar el poder del Sumo Pontífice, al cual hemos devuelto su trono, sino para sustraerlo al yugo extranjero que pesa sobre toda la Península, y contribuir á fundar en ella el orden sobre los intereses legítimos satisfechos. »

Los franceses se dirigieron hacia los Alpes y Marsella, donde se embarcaron en dirección á Génova. El emperador salió de las Tullerías el 11 de mayo; el 14 establecía su cuartel general en Alejandría, y dirigía al ejército una proclama en que se leían estas palabras: « Soldados, no necesito estimular vuestro valor; cada etapa de nuestra marcha nos recordará una victoria. En las vías sagradas de la antigua Roma se leían grabados en mármoles los nombres de los combates memorables, para recordar al pueblo tan altos hechos; de la misma manera ahora, al pasar por Mondovi, Marengo, Lodi, Castiglione, Arcola y Rívoli, vais por una ruta sagrada, en medio de gloriosos recuerdos. »

Los austriacos habrían podido marchar directamente sobre Turín, después de pasar el Tesino y derrotar al ejército piamontés antes de que llegaran los franceses; pero el feld mariscal Giulay, que los mandaba, adoptó táctica completamente distinta y, concentrando sus tropas entre el Sesia y el Tesino, dejó á sus adversarios tiempo para reunirse y organizarse.

**Batalla de Magenta** (4 junio 1859.) — Giulay suponía que los franceses iban á dirigirse sobre Pavía, y para cerciorarse de su presencia ante Alejandría, dirigió un importante reconocimiento hacia la parte de Montebello, donde los austriacos se encontraron con la división del general Forey, trabándose encarnizada lucha, que duró seis horas. No obstante ser inferiores en número, la ventaja fué para los franceses (20 de mayo). Después, gracias á un movimiento muy bien ejecutado los cuatro cuerpos de ejército, mandados por Baraguay d'Hilliers, Mac-Mahón, Canrobert y Niel, pasaron el Po en Casal sin que lo notaran los austriacos; para ocultar el movimiento atacaron los piamonteses á sus enemigos por la parte de Mortara, presentándoles el combate en Palestro, mientras los franceses pasaban el Sesia.

El emperador transportó su cuartel general de Ale-



jandria á Novara, y el ejército francés se encontró á orillas del Tesino, á unas cuantas leguas no más de Milán. El feld mariscal Giulay se presentó con sus tropas por la otra parte del río, para disputar el paso. El emperador debía atacarlo de frente con su guardia en el puente de San Martín, frente al pequeño pueblo de Magenta, que se encuentra á cuatro kilómetros del río. El general Mac-Mahón había recibido órdenes de pasar el Tesino en Turbigo, y de marchar sobre los austriacos atacándolos de flanco. Entretanto, los piemonteses debían llegar por la otra parte con la división Canrobert, para sostener este doble ataque.

Así que el emperador oyó los disparos de la artillería de Magenta, lanzó al combate las tropas que tenía á sus órdenes; pero el camino de Milán por donde iban sus granaderos, estaba atravesado por un canal, el *Naviglio Grande*, atravesado por un camino de hierro, y los austriacos habían fortificado todas las posiciones de manera formidable. El empuje de los soldados de Napoleón triunfó de estos obstáculos; pero aquéllos se encontraban frente á fuerzas seis veces superiores, y cada vez se oponían á sus esfuerzos tropas de refresco. La lucha se hacía más desigual á cada momento, siendo cada posición tomada y perdida á cada momento por los dos bandos. Ya hacia cuatro horas que duraba este combate heroico, y el cañoneo de Mac-Mahón había dejado de oirse. Canrobert no parecía; Napoleón contaba con calma los minutos que podría prolongarse la resistencia, y si los austriacos hubiesen tenido el empuje de los zuavos franceses, habrían rechazado la guardia, obteniendo decisiva victoria.

Al fin aparecieron Mac-Mahón y Canrobert. El primero había tropezado con grandes obstáculos. Viéndose á punto de ser copado por sus enemigos, tuvo que detener un instante su marcha para poner orden en su cuerpo de ejército. Después de esto cambió el aspecto del combate: los austriacos, rechazados hacia el pueblo de Magenta, convirtieron cada casa en una

pequeña fortaleza que fué preciso tomar por asalto. Á las seis, la victoria se había declarado por el ejército franco-sardo. Los resultados de la jornada fueron inmensos: los austriacos tuvieron 20.000 hombres fuera de combate, quedando prisioneros 7.000. El general Mac-Mahón fué elevado por el emperador al grado de mariscal, y recibió el título de duque de Magenta sobre el campo de batalla.

El mariscal Baraguay d'Hilliers persiguió á los austriacos, y los alcanzó cerca de Mariñán, dándoles una terrible batalla que duró cerca de tres horas y que acabó por la derrota de los austriacos. Este doble desastre los obligó, no sólo á abandonar la línea del Tesino, sino también la del Adda, y atravesar el Oglio, para retirarse en dirección del Mincio. En este movimiento evacuaron Pavía, Cremona y toda la Lombardia; y el 8 de junio el emperador Napoleón III, y Víctor Manuel entraban en Milán en medio de ovaciones espléndidas.

**Batalla de Solferino** (24 junio 1859). — La marcha de un quinto cuerpo de ejército, enviado á Toscana al mando del príncipe Napoleón para constituir un ejército de reserva, obligó á los austriacos á abandonar los ducados de Parma y Módena, después de lo cual estalló una revolución en estos Estados, huyendo la duquesa de Parma con toda su familia, mientras que el duque de Módena se refugiaba en las filas austriacas. Habiéndose efectuado en las Romañas un movimiento análogo, los austriacos evacuaron Bolonia y el gobierno pontificio perdió esta parte de su territorio.

El ejército aliado volvió á ponerse entonces en marcha, y pasó siguiendo al enemigo el Adda y el Oglio. Los piemonteses con Víctor Manuel al frente formaban, por la parte del norte el extremo del ala izquierda; Baraguay d'Hilliers y Mac-Mahón avanzaban por el centro; los cuerpos de Niel y de Canrobert ocupaban la extrema derecha. Estos diferentes ejércitos marcha-



ban con gran circunspección no obstante el convencimiento general de que los austriacos habían pasado el Mincio en retirada. Mas de pronto vieron delante de sí varias columnas enemigas, al paso que las alturas aparecían coronadas por una nube movediza, que venía á ser el ejército austriaco, supuesto sin razón en la otra ribera del Mincio. La retirada había sido una estratagema, y durante la noche volvieron sobre sus pasos para sorprender á los franceses y trabar la batalla.

El emperador subió al campanario de Castiglione para darse cuenta de la posición de los austriacos, y desde allí abrazó una gran extensión de terreno, cubierta toda por sus adversarios. Los cuatro cuerpos de los aliados se encontraban demasiado distantes unos de otros para que hubiese unidad en el combate. Era, pues, preciso, dar cuatro batallas diferentes. El emperador se colocó en el centro y sostuvo á Baraguay d'Hilliers, cuyo cuerpo tomó las alturas de Solferino; el mariscal Mac-Mahón ocupó Cavriana, cuartel general del emperador de Austria. En los flancos, Víctor Manuel, después de haber tomado y vuelto á tomar hasta siete veces las posiciones situadas al sur del lago de Garda, acabó por quedar victorioso. En cuanto á Niel, tenía bastante que hacer por la derecha en la llanura de Médola, y desde por la mañana sostenía el choque de fuerzas muy superiores á las suyas. Este jefe mandaba constantes avisos á Canrobert para que lo socorriera; pero el último, encargado de contener á un cuerpo austriaco que podía llegar por el camino de Mantua, se negaba á disminuir sus fuerzas. Al fin, no apareciendo el temido cuerpo, Canrobert envió los socorros que se pedían, y entonces la victoria franco-italiana fué completa. Sin embargo, este triunfo costó caro al vencedor, que perdió unos doce mil hombres, y cuyos soldados habían combatido durante diez y seis horas sin tomar alimento ni descanso alguno, bajo un calor espantoso. Las pérdidas de los

austriacos habían sido tres veces mayores, y la jornada había sido más desastrosa todavía para ellos, si una horrible tempestad no hubiera facilitado su retirada.

**Paz de Villafranca y tratado de Zurich.** —

Los imperiales se refugiaron en su terrible cuadrilátero, y allí, sin exponerse á nuevas batallas, se atrincheraron detrás de aquellas temibles fortificaciones, dejando que los aliados agotaran sus fuerzas alrededor de aquellos baluartes.

Los soldados franceses estaban llenos de empuje, pues habían obtenido tantas victorias como combates habían trabado, y creían poder alcanzar todavía nuevos triunfos. El emperador admiraba tan excelentes disposiciones; pero no por eso desconocía las fatigas que habían pesado sobre sus tropas desde el principio de la campaña. Se estaba ya en julio, y los calores de la estación habían sido muy funestos á los expedicionarios, que perdieron por efecto de las enfermedades más hombres que los muertos por las balas austriacas.

Por otra parte, Prusia y Alemania empezaban á agitarse. Prusia no lamentaba en el fondo los desastres austriacos; pero llamaba á las armas sus reservas, y era probable que alguna nueva victoria francesa en Italia produciría un ataque prusiano por la parte del Rhin, donde había quedado un cuerpo de ejército de observación á las órdenes de Pelissier. Este ataque había producido una conflagración europea, y esto era ir mucho más lejos de lo que Napoleón III deseaba.

Estas consideraciones, que el emperador en persona expuso ante las cámaras, hicieron gran impresión en su ánimo, por lo cual resolvió detenerse en el seno de la victoria. Así fué que encargó al príncipe Napoleón de presentarse ante el emperador de Austria para proponerle la paz. Los dos soberanos celebraron una entrevista en Villafranca, y el tratado se firmó en 11 de julio. El emperador de Austria cedía la Lombardía á Napoleón III, el cual la entregaba á Víctor Manuel.